

El potro decapitado

(Cuento)

Escribe: JOSE PUBEN

La niña no entendía el texto. Las formas le llegaban gráficamente, sin la más leve señal de claridad. De tipo negro y grueso, las letras se interrumpían cada cuatro o cinco hojas con finos grabados que ilustraban el texto. En todos ellos, la niña podía ver una hermosa doncella vistiendo un blanco y delicado sayón que caía cubriéndola hasta los pies. Algunas veces la doncella vagaba entre altos árboles, de corteza arrugada, que dejaban caer sobre el suelo grandes manchas de brumosa sombra. Otras veces la doncella recorría extensas praderas cubiertas con flores silvestres, en medio de una deslumbrante claridad. La niña contemplaba el libro sentada sobre una sucia banqueta de madera. Tenía los pies desnudos y una falda con manchas de aceite y remiendos de color.

Las imágenes del libro se sucedían unas a otras llevándola a soñar mundos idílicos y transparentes, donde el cansancio no era posible. Fuera del rancho, la luna aclaraba todo el contorno dándole a los árboles, rocas y montañas, un tono plateado de figura fantasmal. A lo lejos podía escucharse el rodar del agua en la turbulenta cañada.

Su padre, días antes, había traído un gran tonel lleno de vino, colocándolo en el establo construido para proteger en la noche su blanco potro, llamado por todos "Príncipe". El animal, casi siempre lo acompañaba en sus salidas.

Estaba recorriendo las páginas del libro, cuando un desacostumbrado y violento galope de caballo la sobresaltó. Se precipitó a la salida armada con uno de los fusiles de su padre, a la vez que apagaba con la culata del arma el mechón que servía para iluminar el pequeño e incómodo refugio. Al abrir la puerta vio pasar frente al rancho la briosa y espantada figura del potro de su padre.

El animal daba vueltas en torno a la casa y solo cuando reconoció la figura de la niña empezó a apaciguarse dejando, por último, que esta lo tomara de las riendas. La muchacha acarició las crines del brioso animal y se quedó esperando la llegada de todo un tropel de bestias perseguidas. Solo la dura respiración de "Príncipe" interrumpía el apacible silencio.

Llevándolo de las riendas la niña lo dejó en el establo, después de quitarle, con gran esfuerzo, frenos y montura para darle plena libertad de movimiento. No pudo encontrar agua con qué aplacarle la sed que parecía agitarlo. Resolvió esperar hasta el amanecer. La cañada estaba lejos y sentía miedo a causa de la intempestiva llegada del potro.

El silencio de la noche la dejaba escuchar claramente los cascos de "Príncipe", pisoteando duramente el suelo del establo. Era extraño que hubiera regresado sin su padre. Nunca había pasado tal cosa. Sentada sobre el sucio y viejo camastro, que le servía de lecho, trató de olvidarlo todo.

Recordó que su padre le había hablado de lo bueno que era el vino para quitar el miedo. "Unos cuantos tragos y se siente uno dispuesto a enfrentarse a un toro". Pero nunca le había dicho que tomara, y esto lo entendía como una tácita prohibición. ¿Haría bien en beber un poquito? Estaba casi segura de que su padre tardaría en llegar y no alcanzaría a notar que ella había bebido de su vino. Sin pensarlo dos veces tomó la jarra del agua y fue al establo. Allí estaba el potro con signos de impaciencia, golpeando con sus cascos la tierra. La niña retiró sin esfuerzo la tabla circular que servía de tapa al tonel y hundió, en sus oscuras aguas, la jarra de cristal dejando que se llenara completamente. Al sacarla tuvo miedo de tomarse el vino, pero escapó corriendo con la jarra entre las manos olvidando de cubrir de nuevo el tonel.

De pie, en el centro del cuarto, bebió un poco del contenido de la jarra. Sintió que la garganta le ardía. Aquel delicioso jugo de uva le entregaba una extraña tristeza: como quien quiere llevarse el cuerpo a vagar a galope tendido por lejanas y vastas praderas del tiempo. Varias veces bebió hasta sentir que ya nada corría por su garganta. Tiró sobre la cama la jarra. El miedo parecía habersele escapado del cuerpo. Se dirigió a la puerta para cerrarla ajustándola con una varilla de hierro con que solían hacerlo; pero un violento relincho del potro la detuvo en la puerta del rancho. Un girar de árboles, rocas, montañas, establo y luna la envolvía. El potro salió desbocado de su refugio girando, ante sus sorprendidos ojos, como si fuera un blanco remolino de levadura. En la noche el animal parecía no tener cabeza. Había hundido la suya en el tonel de vino en busca de agua. Su blanco pelaje, hasta el cuello, se había manchado con el color de la uva. La noche se robaba su cabeza y ponía un cuerpo enloquecidamente blanco a recorrer los prados, el bosque, los caminos y a golpear su cuerpo contra las rocas. Todo aquello envolvió a la niña en un loco frenesí que la puso a reír con agudas carcajadas, mientras perseguía al grito de ¡Príncipe!, la sombra de una nube embriagada.

Al día siguiente el sol la despertó durmiendo entre las breñas. Recordó aterrada las imágenes de la noche anterior. El libro debía de estar tirado sobre la cama. Corriendo regresó al rancho. La puerta estaba abierta de par en par y un silencio total salía de todos los rincones. Sobre la pared del fondo sus pupilas tropezaron con la guitarra del padre, colgada de un clavo. En medio de la penumbra la guitarra parecía el cuerpo de una mujer ahorcada. La niña sabía que la guitarra fantasma era la más cercana amante de su padre: nadie como ella había sentido sus fuertes y velludos brazos de guerrillero. Un lejano presentimiento parecía indicarle que nunca más volverían los brazos de su padre a recorrer las cuerdas de su guitarra, o a tomar, entre sus duras manos, con muestras de paternal protección, su cabellera de niña desolada.

El establo también estaba solo. El potro había huído entre los riscos. Encontró su cuerpo estrellado contra las rocas de la profunda quebrada. ¡Era un príncipe blanco decapitado por el vino!